

vana y carnal, de la justicia y del derecho sobre la injusticia y la iniquidad; libertad para la Iglesia católica, perseguida y aherrojada, no tanto por los hombres como por instituciones impías, y numerosos dias de vida para nuestro Padre Santo, á fin de que vea el triunfo de la Religion, la victoria de la santa doctrina y el arrepentimiento de los malos, y despues entone el cántico del anciano Simeon, y diga ántes de emigrar al cielo: *Ahora, Señor, deja que tu siervo muera en paz, porque han visto ya mis ojos la salvacion de Israel.* (Lúc., cap. II, vers. 29.) Amen: así sea, y tenga el corazon lo que profiere la lengua.

Así sea, mis amados hermanos: á Pio IX muchos años: á los pecadores mucha misericordia: á los buenos mucha gracia para que sean mejores y perseveren: á nosotros todos mucha fortaleza para profesar la verdad, seguir la justicia, y ser defensores de la fé con palabra, con ejemplo y con obras santas: á todos los que están aquí la bendicion celestial, que os doy en el nombre del ✠ Padre, y del ✠ Hijo, y del Espíritu ✠ Santo. Amen.

## ORACION FÚNEBRE

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA <sup>(1)</sup>.

*Est autem ei multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientia.*

Estímase mucho la abundancia de piedras preciosas; pero los lábios del sábio son un vaso precioso.

(Prov., cap. xx, vers. 15.)

Teniendo en la memoria la muchedumbre y variedad de los errores humanos, más de una vez, entregado al silencio y á la meditacion, me he propuesto examinar cuál es la mayor necesidad en que puede caer el hombre; y despues de reflexionarlo mucho, he creido que la mayor necesidad es aquella que describe el Profeta en estas palabras: *El hombre constituido en honor, no lo quiso entender; se igualó con los irracionales, y se asemejó á ellos.* (Ps. XLVIII, vers. 21.) Pero, despues de haber resuelto la cuestion, me he propuesto saber tambien en qué consiste precisamente esta necesidad de no entender el hombre su dignidad, de igualarse con los irracionales y de asemejarse á ellos; y por cierto no he tenido que internarme mucho en la consideracion metafísica de las cosas para saberlo. Los mismos que tienen la desventura de incurrir en esa estupidez, resuelven la cuestion

(1) Esta oracion fúnebre fué predicada por ruego y encargo de la Academia Española en las honras solemnes de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles el dia 23 de Abril del año 1873, en la iglesia de religiosas Trinitarias de Madrid.

publicando sus creencias y arreglando á ellas su modo de vivir. «Nosotros, dicen, morimos como mueren los irracionales; nuestra alma es tan material como la de ellos: *comamos, pues, y bebamos, que mañana moriremos.*» (Isai., cap. xxii, vers. 13.)

Verdaderamente, áun en el terreno de la filosofía natural, ésta es la mayor de las necesidades. No hay un solo hombre que, apenas empieza á tener actos reflejos sobre sí mismo, no advierta que tiene dentro de sí una lámpara que él no ha encendido, y que, por mucho que se empeñe en ello, tampoco él puede apagarla. Es una luz inextinguible, *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* (Joan., cap. i, vers. 9); y con los resplandores de esa lumbré, cada hombre ve que él es más que los irracionales; que su alma es el trasunto de la naturaleza increada, es esencialmente espiritual é inmortal, y que, por consiguiente, no ha de perecer como la de los irracionales, sino que ha de vivir para siempre, como vive Aquel á cuya imágen está hecha. Esta enseñanza es propia de la misma razon humana, la cual tiene la convicción íntima de que, puesto que piensa, es espiritual, y puesto que es espiritual, es indestructible, es inmortal; pero es además una enseñanza divina, pues el mismo Hijo de Dios, contestando á algunos hombres que habian incurrido en la gran necesidad de enseñar que no habia resurreccion, ni ángeles, ni espíritus, les cerró la boca para siempre diciéndoles que, puesto que el Señor dijo á Moisés que era Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, éstos vivian, pues Dios es Dios de los que viven, y no de los que mueren. (Luc., cap. xx, vers. 38.)

No os sorprenderá, señores de la Academia Española, que al tener la honra de dirigiros la palabra en ocasion tan solemne como la presente, haya empezado por hablar de la mayor necesidad. Yo entiendo que debe ser así, por cuanto estoy presenciando un acto que es precisamente

característico, por llevar impreso el sello de la mayor sabiduría; pues confesais en él pública y solemnemente el dogma de la inmortalidad de nuestras almas, y además haceis una profesion sincera de todos los dogmas de la Religion católica.

Este acto, repito, es característico; pero característico de lo que es España y de lo que somos sus hijos. Cuando una asamblea de varones sábios, encargada de conservar los monumentos del saber, viene al sagrado recinto á ofrecer al Altísimo un sacrificio de expiacion por los mismos sábios cuya ciencia reconoce y admira, confiesa con humildad cristiana que, por sublime que sea la ciencia humana, puede mancharse con el lodo de la tierra donde habita. Y éste es precisamente el carácter del verdadero sabio, que no lo es, ni puede serlo, si no reconoce su ignorancia; si, como decia Jesucristo, no tiene la sencillez de un niño, pues sólo á los párvulos revela Dios los secretos de su sabiduría. (Mat., cap. ii, vers. 28.)

Pero se extiende á más el carácter peculiar que presenta esta solemnidad, pues es la condenacion anual, pública y solemne del protestantismo y del materialismo; del protestantismo, que rompe toda comunicacion entre los hijos de una misma madre que viajan por la tierra y los que han pasado al mundo de los espíritus, y, ó bien están purgándose de algunas manchas para penetrar en el cielo, donde no entra quien no esté tan puro como la luz, ó bien viven ya en el mismo cielo, alabando á Dios y rogándole por sus hermanos; del materialismo, porque, al derramar una lágrima sobre esa tumba conmemorativa de nuestra mortalidad, confesamos todos que, si bien desaparece de este escenario del mundo material todo lo que es materia, no desaparece lo que pertenece al mundo moral. Se evapora el cuerpo, se pudren los ricos trajes, se esconde el oro, se ocultan las pedre-

rias, y se lo lleva todo la polilla; pero queda intacta la inteligencia, permanece la ciencia y sobrevive la sabiduría, que es un vaso precioso é incorruptible. *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientie.*

Señores: hay cosas pasadas que no pasan, porque queda algo de ellas; y por poco que quede, equivale al todo siendo parte. Pasa el hombre por este mundo como viajero que camina á su pátria; mas aunque cierre su viaje al borde del sepulcro, para no ser visto más, queda algo de él en esta tierra. Si no quedasen más que los despojos de su mortalidad, poco era lo que nos quedaria; empero queda algo más, queda la justicia del justo, la rectitud del bueno, la sabiduría del sábio. Trasmigran ellos, quedándose entre los hombres el suave olor de la vida santa, los testimonios de su bondad y las lecciones de su sabiduría.

Y aquí teneis una prueba bien palpable de ello; hace hoy precisamente dos centurias y cincuenta y siete años que entraban en este templo los restos mortales de un hombre que no poseyó oro, ni pedrería, ni riquezas. Venía en hombros ajenos, vestido de tosco sayal y traído en pobre ataud; ¡oh ataud! Si debiese entrar hoy, no podrían llevarlo hombros humanos, porque el peso de los laureles que desde entónces acá han arrojado los hombres sobre él, los abrumaria. Era un hombre conocido entónces por el Manco de Lepanto, por el cautivo rescatado por los trinitarios, por el desvalido que vivia por el favor que le dispensaban un grande del mundo y otro de la Iglesia. ¡Miseria humana! ¡Vanidad del mundo, que suele tener en su seno á hombres que se parecen por su inteligencia á los ángeles, y sin embargo no les dirige una mirada de aprecio, porque no tienen alas doradas!

Pues bien; ese hombre murió, y puede decirse que vive, por habernos dejado un tesoro inestimable de cien-

cia y de una virtud que es peculiar á la ciencia verdadera. No hablo de virtudes morales precisamente, sino de una virtud que denomino intelectual-moral, porque ella inmortaliza al sábio, así como su carencia hace que, quien pretende ser sábio sin ella, no pase de ser, ó un árido hablista, ó un parlante, cuyos ecos, por dulces y armoniosos que parezcan, son como el tañido del bronce, que suena, vibra y se va en un solo instante. Ese hombre que poseyó esa virtud propia de la ciencia, era *Miguel de Cervántes*.

Cúal sea esa virtud, bien lo sabeis vosotros, señores de la Academia; pues nadie puede apreciar dignamente el mérito de las obras buenas sin hacerlas él mismo. Sin embargo, yo debo proclamar pública y solemnemente esa virtud, y hacer de ella, no sólo el elogio, sino el centro convergente de cuanto voy á tener la honra de decir en este dia. Esta virtud es el patrimonio singular de la literatura de nuestra amada pátria.

Dignaos todos favorecerme con vuestra atencion; pues despues de la gracia del Señor, á quien se lo debemos todo, no es poco lo que contribuirá al éxito feliz de mi discurso el ser testigo de vuestra benevolencia.

Si la sabiduría fuese esencial al hombre, todos seríamos sábios; pero esa prerogativa es adventicia, viniéndole al hombre, no por naturaleza, sino por gracia especial del que es infinitamente poderoso y omniscio. Es un don que se hace á algunos, sin que tengan derecho á él; pero una vez hecho, quien lo recibe queda obligado al Dador de ese bien, reconociendo siempre su bondad, oyendo sus inspiraciones, observando sus preceptos, y no desviándose del camino que el mismo Donante se digne señalarle. Pero si la sabiduría no es esencial al hombre, no hay, sin embargo, un solo individuo del linaje humano

que no haya sido criado para que sea sábio; y si no lo somos todos, no es culpa del Criador, sino de quien, ó no da calor á la semilla que ha sido depositada en su seno para que germine, ó despues de producida la germinacion, la ahoga, ó cuando la planta ha brotado flores olorosas y ostenta su fruto precioso, lo convierte en venenoso y deletéreo.

El Sér infinito que da vida á cuanto existe fuera de Él, es fuente de luz y de verdad, y no ha sacado de la nada una sola criatura sin que la haya destinado á su fin, dándola para su consecucion los medios adecuados. Y si esta criatura es racional y libre, los dones son más sublimes, más atractivos y más perfectos, para que quede siempre justificada la Sabiduría infinita, y no se atribuya la falta de asecurion al Criador que da, sino á quien no quiere corresponder. Esta fuente es siempre una y siempre inagotable; pero existen en ella ciertos tesoros, dice San Agustin (lib. xi *De Civit. Dei*, cap. x), tesoros inmensos é infinitos de las cosas inteligibles; y en estos tesoros se encuentran las razones indivisibles é inmutables de todas las cosas, aunque éstas sean divisibles y mudables, que han sido hechas por ella. Todos bebemos de esta fuente, aunque unos á torrentes, otros á sorbos, y otros á gotas.

Basta saber para qué hemos nacido, para comprender que todos estamos llamados á ser sábios: «No hemos nacido, dijo Lactancio redarguyendo á Anaxágoras, para ver el sol y el cielo, sino para que, viendo las cosas hechas, veamos y miremos al que las hizo y lo retengamos en nuestra mente; pues por eso, entre todos los animales, sólo nosotros andamos levantados, para que sepamos que el bien sumo vive en lo más alto que vemos.» (Lactant., libro iii, capítulos ix y x.) Yo pregunto: ¿hay algun hombre que no beba en este manantial de las ciencias? Habiendo sido impresa en cada uno de los hombres la luz del rostro

divino (Ps. iv, vers. 7), ¿no ha corrido por nuestro entendimiento el riachuelo que puede crecer hasta ser rio caudaloso, cuando, despues de recorrida la carrera de la vida, vaya á entrar en el océano inmenso de la eternidad?

*Toda sabiduría procede de Dios*, dice el sábio Sirac, inspirado por el Espíritu Santo (*Eccli.*, cap. i, vers. 1); aquella nos enseña que Dios ha de ser adorado, amado y temido, que hemos de honrar á nuestros padres, que no hemos de hacer mal á nadie, que hemos de cultivar la justicia, y la caridad, y la paciencia, y que hemos de vivir piadosa y castamente; aquella que nos eleva al conocimiento de las verdades eternas, aquella que nos introduce en lo más secreto del consorcio con Dios, por la manifestacion que nos hace de su naturaleza; aquella que nos acompaña en la investigacion de las ciencias naturales; aquella, dice Orígenes (*Homil. xviii in Numer.*), que tiene por objeto la composicion de las cosas materiales; toda ciencia, toda arte, como la música, la geometría, la medicina, la física, de Dios es, y de Él procede; aquella, por fin, que regula la vida humana; es decir, todo hábito, todo acto, todo objeto, todo dictámen, toda verdad de sabiduría que hay en los ángeles y en los hombres, proviene de Dios, y mana de Él de tal manera, que no lo abandona, sino que está fija en Él, así como la luz del sol, derramada en todo el mundo, queda en el mismo astro.

Altísimas son las reflexiones que suministra lo que acabamos de decir; una donacion incluye dos conceptos, el de lo gratuito por parte del donante, y el de lo obligado por la del favorecido. Pero cuando el donante es Dios y el agraciado es el hombre, la consideracion sobre los deberes que éste contrae se reviste de un carácter nuevo, único y especial. Compongamos un hombre, empezando desde la nada y acabando por lo más elevado de su existencia, y no podremos ménos de asombrarnos de

la dignacion divina. Sale el hombre de la nada, y entra en la categoría de los séres; dásele un cuerpo que siente, y se eleva sobre todos los séres visibles; el alma que le da vida es espiritual é inmortal, y se parece á los ángeles; esta alma lleva en sí misma la imagen de Dios, y hé ahí al hombre semejante á su Criador. Ya veis que el número de donaciones toca á lo más sublime, pues se pone el hombre en contacto con Dios. Pero ¿cómo se llaman estos dones? Jesucristo los llama talentos, que Él da á todos los hombres para que negocien con ellos mientras están viajando por este mundo. (Mat., cap. xxv, versículo 15; Luc., xix, 13.) ¿Y cómo ha de negociar el hombre con estos talentos? ¿Lo ha de hacer segun á él le plazca, sin atenerse á regla ni á ley, ó segun se lo prescriba quien le ha hecho esa donacion gratuita? La respuesta no es dudosa.

Señores: he sentado ya el preliminar para poder narrar lo que apenas puede narrar un hombre, porque no cabe, por su extension, en la capacidad limitada de nuestro espíritu. Doy un vistazo rápido, nada más, sobre los talentos que Dios ha derramado en nuestra pátria, y me asombro: voy á hacer la enumeracion de algunos, y me sucede lo que acontece á uno que excava un terreno para buscar una margarita, y se encuentra de repente con veneros de brillantes, de rubíes, de esmeraldas y de topacios. ¿Qué nacion es ésta, digo para mí, de cuyo seno han brotado los sábios como las plantas, y donde la filosofía ha tenido sus mejores campeones, las ciencias sublimes sus mejores maestros, y donde la poesía ha dado vuelos tan rápidos, que parece que se trasladó á este suelo el Parnaso de las Musas y el Olimpo de los ingenios más aventajados?

Es ésta una verdad que, áun los mismos rivales del suelo de las bendiciones divinas, tienen precision de confesar: Eran tiempos de barbarie pagana y de ignorancia

universal. Roma produce algunos filósofos en aquel clima benigno del Lacio; pero España le regala el más puro de todos en sus doctrinas y en sus reglas de moralidad. Todos enseñan, pero ninguno enseña como Séneca; ninguno sino él se granjea el sobrenombre de filósofo; ninguno profesa con tanta severidad los principios de justicia, las leyes del derecho natural, los preceptos de una vida morigerada; y su renombre crece de tal manera, que engendra en algunos la sospecha de que es cristiano ocultamente, y de que tiene relaciones con el gran Doctor de las gentes, San Pablo.

Muchos sábios más regaló España á Roma pagana, los cuales vistieron, ora la toga del filósofo, ora el manto del Emperador. Yo os los nombraría á todos si lo mereciesen; pero tienen sombras que no les permiten entrar en el santuario, pues pertenecen á tiempos de ignorancia religiosa, á tiempos en que no se conocia á Dios, y en los cuales se puede decir que todo era dios ménos Dios. Pero desde que el Dios verdadero fué conocido, se abrió una era tan florida para las letras, que llegó á oscurecer con sus luces los mismos tiempos llamados de oro de Roma y Atenas. Han trascurrido ya diez y nueve centurias de glorias literarias, cuyo origen es el Cristianismo, y al echar sobre ellas una mirada rápida, pero escudriñadora, no puede uno ménos de exclamar y preguntar: ¿qué secreto hay en la nacion que no doblégó su cuello al astuto fenicio ni al romano altivo? ¿Qué númen singular la vivifica con sus inspiraciones?

Es muy notable, señores, lo que ha pasado siempre en nuestra España: abrió su corazon á la fé católica, aplicando sus oidos á la doctrina del Evangelio, y podemos decir de ella lo que dice la Historia Sagrada que era el mundo despues del diluvio: *Erat terra labii unius et sermonum eorundem.* (Gen., cap. xi, vers. 1.) Un solo idioma, un solo modo de hablar habia entónces: un solo

lenguaje, un solo modo de saber ha habido en nuestra España por espacio de diez y nueve centurias. Sabiduría católica, ciencia católica, poesía católica, conversaciones católicas, literatura católica, es lo que forma el amenísimo jardín de la ilustración de nuestra patria.

Trescientos años há que el protestantismo anda, como tigre escondido entre malezas, acechando para ver si puede dar su salto: otro tanto tiempo há, poco más ó ménos, que el jansenismo se asomó por los montes de Pirene; pero ni la asomada de éste, ni el salto que por fin ha dado aquél, han dado todos los resultados que esperaba conseguir la herejía. Ahora anda por la nación católica algo de protestantismo; pero... está de paso.

Esto es lo que se llama negociar con los talentos que Dios da á los hombres: esto sí es estimarlos, reconocer al Dador, consagrar á su servicio lo que se ha recibido de Él. Y esto es nuestra gloria nacional, en lo cual, ni tenemos quien nos la dispute, ni quien pueda arrancárnosla. ¡Cosa singular! Bien sabeis que en el siglo iv del Cristianismo hubo unos hombres fanáticos, llamados los priscilianistas, quienes quisieron inficionar con sus dogmas pestilentes las llanuras de Castilla y las cumbres de Leon; pero estos hombres no pudieron radicarse en un país donde no habia más que un lenguaje, el del Cristianismo: para poder dar vida á sus errores tuvieron que franquear los montes de Pirene y establecerse en las Galias. Cuatro siglos más tarde aparecieron otros hombres erróneos, denominados los adopcionistas, porque hacian á Jesucristo Hijo de Dios adoptivo, como nosotros lo somos, no natural, como es Él; pero ese lenguaje no pudo prevalecer en el seno de nuestra patria, cuya lengua parece que no es lengua si no es católica. El adopcionismo vivió ménos que lo que vivieron Elipando de Toledo y Félix de Urgel, acusados por algunos de ser sus autores.

Hé ahí descrita en cuatro palabras la historia de las

aberraciones literarias de aquellos tiempos. Vinieron otros que produjeron algunos herejes; pero para diseminar sus errores tuvieron que abandonar su patria y naturalizarse entre herejes, como lo hizo Miguel Serveto, ó vivir envueltos entre los pliegues de la hipocresía, como Miguel de Molinos. El error siempre fué planta exótica en España, ó fué importación extranjera, que no pudo echar raíces, como aconteció con el elvidianismo: ó si nació en el suelo de la fé, tuvo que ir á otro país para tener vida. Prueba de ello es lo que estamos viendo que sucede á menudo.

Hoy dia podemos asegurar que la lengua humana ha roto los dos muros, el dental y el labial, de que Dios la rodeó para contenerla y sujetarla. Si alguna vez en el seno de esta nación, que no quiere hablar sino catolicismo, se desata alguna lengua, sea tan prosista como la de Ciceron, ó tan poética y cadenciosa como la de Píndaro, en blasfemias ó errores contra cualquiera misterio de la Religion, ó contra la misma Religion, le sucede al blasfemo lo que aconteció al Doctor de las gentes cuando anunció á los filósofos del Areópago ateniense que habia Dios, y que habian de resucitar los muertos. Cuantos oyen las blasfemias se dicen mutuamente: «¿Qué barbarismos, qué solecismos son esos que dice ese hombre? ¿Qué nos quiere decir ese sembrador de palabras?» *Quid vult seminiverbius hic dicere?* (*Act.*, cap. xvii, vers. 18.)

Poco hay que discurrir para adivinar la causa de la suma pureza de doctrina, que es como el alma de la literatura española: desde los tiempos más remotos tuvimos maestros de toda clase de literatura, de la sagrada, de la eclesiástica, de la profana, de la poética; y á fuerza de publicarse aquélla por todas partes, á fuerza de transmitirse por una tradición constante de una generación á otra y de un siglo á otro, la literatura, tan pura en lenguaje como en ideas, ha venido á formar como un hábito